

BENDICION NUPCIAL.

DISCURSO.

Sacramentum hoc magnum est... in Christo et in Ecclesia.

Sacramento es este grande... con respecto á Cristo y á la Iglesia.

(Ephes. v, 32.)

Considerada bajo el punto de vista religioso, la union que vais á contraer, amado hermano y amada hermana mia, es la imágen mística de la alianza de N. S. Jesucristo con la Santa Iglesia, su Esposa: es igualmente venerable, así en su principio como en su fin. Dios mismo fué su autor en el paraíso terrenal; y su adorable Hijo, el Verbo hecho carne, la santificó en las bodas de Caná en Galilea. Elevado bajo la ley de gracia y de amor á la dignidad de sacramento, el matrimonio es indisoluble cuando ha sido contraído legítimamente segun las leyes y ceremonias de la Iglesia. El Apóstol de las naciones llama gran sacramento al matrimonio; grande por el misterio de que es simbolo; grande por las gracias preciosas de que es manantial fecundo; grande por los deberes importantes que impone á los esposos en el orden social. Tales son las consideraciones que en este momento deben ocuparos, amados hermanos míos.

Nosotros somos los hijos de los Santos, decia el jóven Tobías á su virtuosa esposa: no debemos vivir en matrimonio como los pueblos que no conocen al Dios de Israel. Santos por el bautismo, los cristianos no deben contraer los sagrados lazos del matrimonio sino con santas miras; santos por su vocacion á la herencia del cielo, deben vivir santamente segun el espíritu de Dios, y no segun las máximas de un mundo corrompido, impío y pagano; en una palabra, deben dar un sello respetable á su union con la pureza de sus costumbres, con una inviolable fidelidad recíproca, con su escrupulosa exactitud en llenar sus deberes religiosos y en seguir las sendas del honor.

En cuanto á mí, ministro del Señor omnipotente, que rige los destinos de la humanidad, vengo á pedir, en su nombre, la ofrenda mútua de vuestros corazones, antes de invocar su bendicion sobre vosotros. Sus ángeles serán testigos de vuestras promesas, y el cielo las ratificará. Despues de presentaros el anillo conyugal, seré el depositario de vuestros juramentos mas solemnes, y el custodio de vuestros mas sagrados compromisos.

Pero, ante todo, debo manifestaros las principales obligaciones del santo estado del matrimonio. En primer lugar, tú, esposo cristiano, debes amar á tu esposa, como Jesucristo ama á su Iglesia; quiérela como á ti mismo; confunde tu existencia con la suya; forma con ella un solo corazon, una sola alma; despues de Dios, sea ella el objeto mas tierno de todos tus afectos; tú eres su superior, pero haz que quiera de tal modo su dependencia, que llegue á ponerla completamente en olvido. Trata á tu esposa con dulzura, con prudencia, con moderacion; sea tu potestad dirigida siempre por una amistad tierna, y segun el consejo del apóstol san Pablo, no la esclavices; cólmala por el contrario de cuidados, de obsequios, miramientos, atenciones, y dale muchas pruebas de cariño y confianza. No, el matrimonio no debe ser en el seno del cristianismo un lazo riguroso, un yugo duro y pesado: ciertamente es una cadena, que nada puede romper; su peso, con todo, es ligero, y no se hace sentir cuando con el corazon contento lo sobrellevan por igual ambos esposos. Eso es lo que tu jóven esposa espera de tí; sus esperanzas no serán defraudadas.

Entrégate, amada hermana mia, y contigo toda tu respetable familia, á los sentimientos de alegría y placer. Tendrás á tu lado un amigo seguro, constante, fiel, que te consagrará todo su cariño, los afectos todos de su corazon, y dulcificará con sus benévolas palabras, con la sensibilidad de su alma, con sus solícitos consuelos, con sus piadosos é ilustrados consejos, la tristeza, el abatimiento y la amargura, compañeros inseparables de la vida humana.

Destinada, como estás, á embellecer y á formar las delicias de la existencia de tu esposo por tu candidez y modestia, por tu igualdad de carácter, por tu sencillez, por tu amor al orden y á la economía, y por todos los encantos de que al Criador le plugo dotar á tu sexo, tú nada omitirás para cautivar su amor. Como la mujer fuerte de que nos habla el Espíritu Santo, te dedicarás al trabajo, buscarás en la vida conyugal la calma y el sosiego; con tu amabilidad, tu delicado proceder, tu inalterable castidad, y tu pericia en todos los quehaceres domésticos, te esforzarás para merecer su con-

fianza. Nunca te olvides, de que la virtud es infinitamente mas preciosa que todas las gracias exteriores. La belleza, dice el Sabio, es un bien efimero, que se desvanece en poco tiempo, como la flor de la primavera luce por breves momentos su lozania. Solamente la virtud de la mujer, que trae en dote á su marido el temor de Dios y el amor á la devocion, inundará de delicias su casa; ella le dará dias puros y serenos en medio de la prosperidad y la abundancia. Permite que te lo prevenga, hermana mia: si place á la divina Providencia hacerte gozar de las dulzuras de la maternidad, deberás cuidar especialmente de la educacion de tus hijos. Criales á la sombra de tus virtudes: guia sus pasos en los senderos de la inocencia y la honradez; inculca desde luego en su corazon los principios religiosos; inspírales la fe en Dios, el amor al bien, á la probidad, á todos los sentimientos nobles y generosos. Instruidos por tus lecciones, como por tus ejemplos, serán la gloria de tu esposo, el honor de tu casa, y el consuelo de toda tu vida.

Si; el matrimonio de los cristianos es una union santa, una alianza de inefable excelencia! La Iglesia, observa uno de sus doctores, forma los vínculos de esta alianza; la oblacion del santo sacrificio de la Misa los confirma; la bendiccion del cura los sella, y el Padre celestial se digna aprobarlos y tomarlos bajo su proteccion tutelar. ¡Oh! ¡qué edificante es el ejemplo de dos esposos, que se animan mutuamente á cumplir con sus deberes! Viven en una perfecta armonía de principios y sentimientos; ruegan á Dios piadosamente en sus templos; escuchan su santa palabra, participan del pan eucarístico, compiten en el ejercicio de la beneficencia y en la práctica de las buenas obras; comparten por igual las penas y los dulces goces del santo estado conyugal; consuélanse con expansion de corazon en todas las circunstancias criticas de su vida; se concilian el respeto y la confianza de todas las personas honradas; y, por último, revive en su posteridad la fe cristiana, que les conquistó el alto aprecio de sus conciudadanos, y la admiracion de las santas almas del cielo y de la tierra.

Vosotros, amados feligreses, que habeis acudido á este santuario á la voz de la amistad, para asistir á la augusta solemnidad del matrimonio, juntad, os lo suplico, vuestros vivos deseos y vuestras oraciones con las nuestras, á fin de obtener, por la intercesion de la santísima Virgen María y de san José, todas las bendiciones divinas en favor de estos dos esposos.

Dios de Abrahan, de Isaac, de Jacob, de José, oye las muy humildes oraciones que vamos á dirigirte para la felicidad de ambos; te

suplicamos que les concedas tu proteccion paternal, y les pongas bajo la custodia de tus santos ángeles, de suerte, que despues de vivir tranquilos y dilatados años en este mundo, alcancen juntos la bienaventuradâ eternidad, que les deseo de todo corazon. Amen.

BENDICION DE UN PUENTE.

DISCURSO.

Ya no se disputa al cristianismo la gloria de haber salvado las ciencias del naufragio, de haber construido palacios para el infortunio, de haber erigido monumentos á la prosperidad del país. Amiga del progreso, la religion aplaude todos los grandes pensamientos que tienden al bienestar y á la gloria de sus hijos; pero no quiere que nosotros nos envanezcamos con el título de creadores de una fortuna, que nos ha preparado con mano generosa su genio bienhechor. La religion consiente en que emprendamos nuevas conquistas; pero os pide tambien, que no echeis en olvido el impulso vigoroso que ha dirigido y asegurado nuestros primeros pasos en la carrera.

Al contemplar pues, señores, esta atrevida obra, que en cierto modo acabais de suspender en el aire; al admirar su solidez y su elegancia; al calcular los innumerables obstáculos de todo género que habeis tenido que vencer, no puedo menos de recordar, que la Iglesia os ha dado el ejemplo en estas obras materiales de indispensable importancia y utilidad reconocida.

Así lo habeis comprendido, señores, cuando habeis acudido á la religion para que bendiga esta obra atrevida y providencial, que acabais de realizar con tanta prontitud y acierto. Habeis querido, que una mano mas poderosa que la vuestra viniese á dar consistencia y estabilidad á vuestra obra. Esta profesion solemne del cristianismo os honra tanto á vosotros como á mí me consuela, pues merece todas las simpatias de la religiosa poblacion que ocupa ambas orillas. Con

este acto protestais de vuestra adhesion á la herencia de la fe, que os han trasmitido vuestros padres.

¡Quiera Dios, señores, que se complace en ver reunidos á sus hijos, conceder á vuestra buena voluntad el galardón á que adquirís nuevos derechos con la limosna que habeis hecho á los pobres! Entónces, señores, se crearán nuevos intereses y se tendrá confianza en el porvenir; y no en vano habeis concebido grandes esperanzas en la prosperidad del comercio, y en el mejoramiento próximo, y en el bienestar de los pueblos. Amen.

BENDICION

PARA EL TÉRMINO DE UNA MISION, DE UNA CUARESMA,

DE UN NOVENARIO, ETC.

Refieren los evangelistas, que despues de haber terminado el Salvador su divino magisterio con los discípulos en la tierra, hablándoles por espacio de cuarenta dias de las cosas tocantes al reino de Dios, en el instante de separarse visiblemente de ellos para volver al cielo, levantando sus divinos brazos, los bendijo con las manos taladradas por los clavos, y que conservaban las cicatrices gloriosas de las heridas, para mostrarles, que del mérito de sus llagas y del sacrificio de su cruz descende toda bendicion: *Elevatis manibus suis, benedixit eis.* Luc. xxiv, 50. Dijo tambien el mismo divino Salvador, en persona de sus apóstoles, á todos los predicadores legítimos de su Evangelio: Como mi Padre me envió, así os envío tambien á vosotros para enseñar al mundo: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* JOAN. xx, 21; y de este modo nos ordenó, que hiciésemos con los demás lo que él mismo habia hecho con los discípulos.

De aquí nació la piadosa costumbre, de que los misioneros de la divina palabra, despues de haber evangelizado á un pueblo, levanten

sobre él sus manos sacerdotales, y lo bendigan con la cruz y por los méritos del Crucifijo.

Hé aquí, pues, lo que espera de mí vuestra piedad, al terminar el apostólico ministerio, que he tenido, no diré la *honra*, porque seria una lisonja profana, sino la santa satisfaccion en Jesucristo de desempeñar entre vosotros.

Yo tambien, aunque el mas indigno de los sacerdotes, de los predicadores de Jesucristo, os he hablado del reino de Dios, como el mismo Jesucristo habló á sus discípulos, en los dias que han trascurrido.

Durante este tiempo, he procurado explicaros los principales milagros obrados en vida por el Redentor del mundo, en el orden de la gracia y en el de la naturaleza. (*Aquí puede el orador epilogar los asuntos de que hubiere tratado*). Pero tal es la riqueza y la fecundidad de sus obras, que este asunto me ha abierto un ancho campo para daros á conocer mejor la importancia, la majestad, la grandeza de su religion, la magnificencia de sus misterios, la virtud de sus sacramentos, la economía de su gracia, la verdad de su doctrina, las obligaciones de su ley, la perfeccion de su culto, la necesidad de su Iglesia, la eficacia de sus ejemplos, y las riquezas, los encantos de su amor; la dicha de creer en él, de pertenecerle, de obedecerle, de servirle, de amarle y de poseerle; en una palabra, os he hablado del verdadero reino de Dios entre los hombres, y de las íntimas relaciones de los hombres con Dios.

Mas ¿qué digo: *He hablado*? Nó, no he sido yo quien os ha hablado, sino Dios mismo; porque bien persuadido de que no puede predicarse con fruto si no se procura que hable el mismo Dios, y de que su palabra solamente es la que ilumina al hombre, así como sola su diestra lo ha criado, me he anonadado en cuanto me ha sido posible en mi miseria y en mi nulidad, y he procurado, que el santo Evangelio de Jesucristo hable á vuestro entendimiento, y su corazón á vuestro corazón. Así pues no dudo, que vuestro corazón, tan cristiano y tan piadoso, al través del tupido velo de mi palabra, ha comprendido este lenguaje del amor divino, y ha correspondido á él con el suyo. Tengo una seguridad de ello, si he de juzgar por la atencion con que me habeis escuchado, la paciencia con que habeis asistido, la discrecion y la indulgencia con que me habeis favorecido, á pesar de no haber encontrado en mí esos artificios ni esos adornos profanos, que muchos cristianos de nuestros dias buscan en el que debe anunciarles las verdades que conducen á la vida eterna.

No me cabe la menor duda, porque conozco por experiencia la eficacia de la palabra divina anunciada con sencillez; estoy ciertísimo

de que vosotros, por haber escuchado las obras de la sabiduría, del poder y de la bondad de Jesucristo, conoceis y apreciáis mejor la dicha de los cristianos; os creéis más felices por pertenecer á la Iglesia católica, única santa, única legítima, única verdadera; os habeis confirmado más en la gracia con que creéis la divina enseñanza, y profesáis sus leyes, puras y perfectas; estais resueltos á poner en armonía la fe con las obras, y la vida con el nombre de cristianos; que, por lo mismo, el reino de Dios, de que os he hablado, se halla al presente en vosotros y con vosotros.

Señor, extiende desde el cielo tu piadosa diestra, para acabar la obra que, en estos santos días, ha comenzado tu gracia. Y desde el templo de tu celestial Jerusalem, confirma con tu bendición las resoluciones saludables, que tú mismo has inspirado en este templo de tu Jerusalem terrena: *Confirma hoc Deus quod operatus es in nobis, á templo sancto tuo, quod est in Jerusalem.* PSALM. LXVII.

Bendice á este insigne capítulo, con su ilustre cabeza y con su dignísimo clero: y no permitas, que en este venerable cuerpo de levitas falte jamás el celo de que se hallan animados por su propia santificación y por el esplendor de tu culto; celo, que hace de ellos las verdaderas *pedras espirituales* de este augusto santuario, más brillantes y más preciosas que las ricas pedras materiales que lo adornan.

Bendice á este auditorio tan religioso y tan fiel, que ha venido con tanto afán y con tanta frecuencia á oír las obras de tu grandeza y de tu amor; haz que la semilla de tu palabra, echada en esta buena porción del terreno de tu Iglesia, produzca un céntuplo en gracia y en virtudes.

Extiende también esta bendición á toda esta... que tú has privilegiado y distinguido con tanta misericordia y con tanto amor. Destruye en ella la funesta cizaña, que el hombre enemigo viene ocultamente á sembrar sobre el grano escogido de la verdadera fe, que tu apóstol Santiago y sus sucesores plantaron en ella con su celo, y han asistido con su protección. Haz cada día más santo, más sabio y más desinteresado su clero, cada día más fervorosas sus sagradas vírgenes, cada día más sabios los que mandan, y los que obedecen cada día más dóciles y más sumisos; cada día más humildes los grandes, más generosos los ricos, más honestos los casados, más incorruptibles los jueces, más probos los negociantes, y más pacientes los pobres; á fin de que esta... manifieste al mundo cristiano, con la confesión de su fe, los efectos de una virtud perfecta.

Pero ¿dónde dejo yo el personaje más interesante para la Iglesia universal y para el mundo entero? ¿Cómo me olvido del personaje

más ilustre, más digno y más santo que hay sobre la tierra, no menos por la elevada dignidad de que se halla revestido, que por la sabiduría que lo distingue y por las virtudes que lo adornan? Acuérdate, Señor, de tu augusto Vicario en la tierra: derrama sobre él la abundancia de tu misericordia. Ya le has concedido el ver acercarse el regreso, suspirado por espacio de tres siglos, de tantos hijos pródigos á la casa paterna de la verdadera Iglesia; ya le has concedido ver, que los portentos de la industria humana, que abrevian las distancias y aproximan á los pueblos, sirven para la propagación de la fe, y que sobre las mismas naves, que al impulso de la codicia corren con la velocidad del rayo, corre también el celo, llevando tu fe, tu gracia y tu sangre, para fecundizar y regenerar las tierras de la superstición y de la barbarie; ya le has concedido ver, que ciertos osados navegantes, poniendo sus pies en playas desconocidas, han llevado á ellas tus órdenes cerradas, cuyos caracteres no podían leer, y creyendo haber adquirido aquellas regiones desconocidas para los intereses de la política, solo las han descubierto para la verdad.

¡Oh Señor! así como has concedido á este supremo Sacerdote de tu elección y de tu corazón, la gracia de ver el principio de estas maravillas de tu mano, concédele que vea también su cumplimiento, que debe llenar de gozo al cielo, de despecho al infierno y de estupor y de consuelo á la tierra. Haz que, destruidas las divisiones y los cismas, que dividen la gran familia de los regenerados por el bautismo, sea para todos los cristianos lo que ha sido hasta ahora para nosotros los católicos, el médico piadoso que cure todas las llagas del error y del pecado; el piloto caritativo que á todos los reuna en la nave de Pedro, cuyo timón dirige con tanta vigilancia, con tanta prudencia, y con tanto valor; el maestro que á todos los instruya; el padre que á todos los abraza, á todos los acoja, á todos los consuele; el pastor que introduzca en los pastos eternos á todo el rebaño cristiano que se le ha confiado.

Para este fin, derrama, asimismo, la abundancia de tus bendiciones sobre todos los operarios y los ministros evangélicos, encargados de conducir hácia tí los extraviados con la virtud de la palabra divina y con la santidad de su vida; sobre todos los príncipes y los pueblos cristianos, para que procuren con una santa emulación glorificar tu nombre, cumplir tus leyes y respetar y defender tu Iglesia.

¡Oh Jesús santo, Jesús bueno, Jesús elemento, Jesús dulce y piadoso! Acuérdate de que hoy es día de perdón, de gracia, de misericordia y de paz. Derrama hoy á manos llenas esta paz, esta misericordia y esta gracia sobre toda la tierra, santificada con tu presencia

y con tu sangre. Bendice á todos los hijos de los hombres con tu bendicion eficaz y poderosa, que alumbre al infiel, conduzca el hereje al redil de la Iglesia, convierta al pecador, triunfe del obstinado, purifique al inmundo, inflame al tibio, y perfeccione al justo, y como prenda de confianza y de paz, convierta los perseguidores en amigos y los siervos en hijos.

En esta bendicion, en que tú, por tu piedad, te dignarás admitir á los que están ausentes, deseo que sean comprendidos todos los presentes. No solo te lo ruego, no solo te lo suplico, sino que lo exijo por tu misericordia, por tu sangre, por tu muerte, por la intercesion de tu santísima Madre y Madre nuestra, Maria. No permitas, que ninguno de este piadoso auditorio se pierda. Reciban todos ellos tu bendicion en el tiempo, que es la prenda de tu bendicion en la eternidad. Levanta tú también en el cielo tus manos, en tanto que yo, tu indigno ministro, en nombre tuyo, las levanto en la tierra; y despues que por medio de mi voz has hablado á este pueblo, bendicelo tambien por medio de mis manos; y sea el eco de tu bendicion la que yo con todo mi corazon doy á todos, con el mismo sentimiento de amor, verdaderamente católico, con que tú padeciste muerte por todos: *Benedictio Dei omnipotentis*, etc.

BENEFICENCIA.

Venite benedicti patris mei... esurivi enim et dedistis mihi manducare.

Venid, benditos de mi Padre... porque yo tuve hambre, y me disteis de comer.

(Luc. xxvi, 34.)

Ya desde sus primeros dias, miéntras gemia en el exterior bajo un poder opresor, la Iglesia ofrecia en su seno la imágen de la paz mas inalterable y profunda, la práctica constante de las mas puras virtudes, una perfecta igualdad, una dichosa union entre sus hijos. Sus enemigos, admirados, se veian obligados á confesar, que habia alguna cosa sobrenatural y divina en una religion, que sabia unir á los hombres con un vínculo tan perfecto y tan nuevo.

Lo que sobre todo les llenaba de admiracion, era el desprendimiento inagotable de los cristianos, su actividad en aliviar todos los infortunios, sus santas privaciones y sus limosnas, aquella caridad desinteresada, no solamente para con sus hermanos, sino tambien para con sus enemigos y sus mismos perseguidores.

Con estas santas obras, emprendidas con riesgo de su vida, y desafiando el contagio de la muerte, consiguieron nuestros padres, por la fe, desarmar á sus verdugos y convertir á sus enemigos. Y por estas mismas santas obras, hermanos míos, admirareis todavia á los hombres de este siglo, porque hagan éstos lo que quieran, tendrán, por último, que confesar, que la verdadera caridad solo se encuentra en el cristianismo. Esto es lo que vamos á demostrar. *A. M.*

1. El deber de beneficencia, considerado hoy como un estado natural é instintivo del hombre, era absolutamente desconocido en las sociedades antiguas.

Léase detenidamente la historia de las naciones paganas, y reconocereis, que entre ellas la actividad social no se proponia otro objeto que la dominacion, la gloria, las riquezas y los placeres.